



PRINCIPIOS DE LA GUERRA

Por

Reinaldo RIVAS González

Capitán de Corbeta, Armada de Chile



1.—Consideraciones generales

En todas las épocas de la Humanidad, los hombres de armas han tratado de determinar ciertas ideas que fuesen de carácter permanente sobre la guerra y su desarrollo, las cuales independientes del progreso técnico sirviesen de experiencia para el futuro.

Estas orientaciones han tenido el carácter de ideas matrices sobre los principales aspectos de la guerra, que abarcan por lo general todos los niveles de actividades, desde la formulación de una gran estrategia al simple empleo de un buque menor.

Sin embargo, no todos los países o instituciones armadas coinciden en la existencia de éstos, en su número, ni tampoco en su contenido. Una de las razones de discrepancia está en que, siendo los principios, la condensación de los factores más esenciales de la guerra, cada autor incluye en ellos aspectos tácitos que otro considera que debieran ser mencionados aparte.

Otro aspecto de discusión lo constituyen los métodos de aplicación, los que, como reglas de procedimiento, son variables con el tiempo el espacio y los medios.

Esta falta de concordancia ha traído como consecuencia que se les analice con ciertas limitaciones, porque aún cuando cada principio es en sí como un germen de la profesía, no es exactamente la fórmula precisa que garantice el éxito de la guerra por la dependencia que tienen con respecto a otras consideraciones, como se verá más adelante.

El cuadro resumen da una idea sobre la diversidad de opiniones que hay respecto de esta materia y en lo general, se aprecia que los principios han sido for-

mulados según los mayores o menores problemas que los autores hayan querido condensar en función del medio, y los elementos con que se han presentado.

2.—Principios de la guerra aplicados en nuestra Armada

La Armada considera 8 principios: Mantención del objeto, acción ofensiva, sorpresa, economía de las fuerzas, seguridad, concentración, movilidad y cooperación. De éstos, a los 4 primeros se les distingue como principios puros por la importancia de los atributos que representan.

A.—MANTENCION DEL OBJETO

En la conducción de la guerra, como en todas y en cada una de las operaciones que se desarrollen, es esencial tener definido el objeto que se persigue y que constituye la idea rectora que se mantiene como guía indispensable para cualquier acción posterior. Es el principio maestro sobre el cual descansan todos los demás. Podríamos decir es el QUE HACER en la guerra, y los restantes calificarlos del COMO, CUANDO, DONDE de las operaciones que tienen como Norte el objetivo principal.

En el plano de la dirección suprema de la guerra, esto nos recuerda la misma definición de Clausewitz, que es la continuación de la política por otros medios, y por lo tanto nuestros conocimientos debieran extenderse a saber qué es lo que la Política Nacional persigue, para saber también cuál es el objeto de la guerra.

De este modo, en general, se determina el objeto que deben alcanzar las Fuerzas Armadas de la nación, que se desdobra en objetos y objetivos institucionales, y luego va sucesivamente hacia los escalones más subalternos. Pero en la suma o síntesis final de ellos, unos y otros deben contribuir desde los niveles más diversos al objeto nacional del país, cuando ha sido bien elegido; en otras palabras se determina la finalidad por la cual se hacen las cosas.

Un ejemplo notable de la falta de un objeto definido es la Guerra del Pacífico (1879), en que Chile no tuvo una clara visión política del conflicto en que

se veía envuelto, lo cual lo llevó a varios errores estratégicos. Si bien la guerra fue ganada, se debió a que los adversarios cometieron errores aún más graves. Se ve que el objeto además de definirlo correctamente, debe ser meditado y difundido, antes de iniciar las hostilidades.

Hay también otro aspecto más útil todavía que analizar en este principio y es el de ver, a priori, los efectos que éste tendría una vez obtenido. Tal es la experiencia de Estados Unidos durante la segunda guerra mundial cuando perseguía la rendición incondicional de Alemania para transformarla en un país agrícola, lo que se comprobó posteriormente como un error, pues ello no era lo que más convenía para los fines de la política internacional de esa potencia.

Sin embargo, una vez decidida la política nacional, se debe ser cauto en elegir bien el objeto institucional. Para la Marina es claro y definido: el control de las líneas de comunicaciones marítimas vitales de superficie para usarlas en provecho propio y privárselas al adversario. La forma de acción más conveniente para lograr este objeto, el cómo, es el quid del asunto y en ello reside sin duda la habilidad y capacidad profesional del Mando. Podría decirse que, generalmente, se obtendrá cuando la fuerza propia destruya a la fuerza adversaria.

Si suponemos el caso en que las circunstancias hagan necesario cambiar el objeto en vez de mantenerlo, lo que puede y realmente ha sucedido, será exclusivamente porque un importante cambio en los acontecimientos así lo exige. Esta actitud debe ser cauta y audaz al mismo tiempo, es decir, teniendo conciencia de las intenciones de su superior y elegir acertadamente un nuevo objeto, cambiándolo en el momento oportuno.

Esto nos recuerda el hecho histórico de la Primera Guerra Mundial cuando la Escuadra alemana al mando del Almirante Von Spee, navegaba en el Pacífico con el objeto de atacar las líneas de comunicaciones marítimas que pudiesen afectar a Inglaterra, es decir, desarrollar operaciones de ejercicio del dominio del mar. Al ser ubicado, cambió con éxito su objeto inicial por el de conquista del dominio del mar, combatiendo y hundiendo a la Escuadra inglesa del Almirante Cradock en Coronel.

Contrariamente, la Batalla de Leyte nos presenta el caso del Almirante japonés Kurita, que debiendo atacar a los transportes de tropas del desembarco anfibio, no lo hizo, fallando en la mantención de su objeto, sin causa real que lo justificara.

Debemos agregar que un Jefe debe comprender claramente la diferencia que existe entre tener un sólo objeto presente y mantenerlo con la necesidad de cumplir cualquier otra tarea que se le haya asignado, y considerar que el cumplimiento de esta última no debe perjudicar a la primera, sino que por el contrario, contribuir a ésta.

B.—LA ACCION OFENSIVA

Es el segundo paso que se da en el desarrollo del pensamiento guerrero, adelantarse y atacar, tomando la iniciativa, que es una gran ventaja; obligando al adversario desde la partida, a someterse a nuestra voluntad, porque lo más importante en la guerra será el arte de derrotar al enemigo en combate, según las propias palabras de Clausewitz.

Es ella quien se destaca con todo el valor que involucra la violencia, con la audacia que es necesaria en la ejecución y con la inteligencia como creación destructora, de actividad y cooperación, que ha de llevar a la ruptura del equilibrio de fuerzas y en consecuencia a la decisión del conflicto.

Estos conceptos sobre la acción ofensiva, por otra parte no significan, ni quieren decir en absoluto que haya de mantenerse un ataque continuado sobre el adversario, sino que de acuerdo a la situación, se empleará la ofensiva o la defensiva, cuando sea oportuno y necesario.

Lo anterior se explica por el hecho de que la acción ofensiva exige un gran desgaste tanto de elementos materiales como de personal, exigiendo el máximo de las capacidades de estos dos factores. Si a esto sumamos la posible circunstancia de no obtener el objeto deseado, debe pasarse a la defensiva en espera de un cambio en la situación para después volver nuevamente al ataque.

Ejemplos históricos que confirman el empleo de estos valores fueron las accio-

nes defensivas iniciales de Torre Vedras, en las guerras napoleónicas, y la defensa de Stalingrado en el presente siglo, a las que después siguió un vigoroso ataque contra un adversario que se había debilitado por tratar de mantener una acción ofensiva sin resultados positivos.

Uno de los aspectos más importantes de este principio es su estrecha relación con el objeto. Si este último no está bien definido, con toda seguridad la ofensiva no estará bien dirigida y todos los esfuerzos que se desarrollen serán estériles por la ausencia de una finalidad común. Igualmente, el éxito de la ofensiva tiene mucho que ver con la Seguridad, requiere de la Concentración y su ejecución involucra Movilidad y Cooperación.

En el desarrollo de la ofensiva debe cuidarse que la mente del Jefe no se vea ofuscada y pueda confundir el objetivo principal con los secundarios. Muchas veces se presentará la oportunidad para infringir daños al enemigo, pero no siempre son las que interesarán. Hay que saber distinguir lo que es esencial de lo que no lo es, para evitar el espejismo de atractivas posibilidades que llevan a la aplicación poco afortunada de la acción ofensiva, como las del Almirante Beatty con su escuadrón de cruceros en Jutlandia y del Mariscal Grouchy en Waterloo. Cada uno fue atraído en su acción ofensiva sobre una parte no decisiva de las fuerzas enemigas, en perjuicio de la batalla principal.

Para que la acción ofensiva tenga resultados positivos es necesario cumpla previamente ciertos requisitos: El más importante para poder emprender la ofensiva en el mar es poseer buenas informaciones. Asimismo lo son la iniciativa y la libertad de maniobra, siendo el primero de éstos, un atributo del Jefe que la emprende, lo cual se traduce en la audacia con que concibe y realiza sus planes ofensivos. Pero esta condición no es una actuación impulsiva y sin reflexión. Por el contrario, encierra un mayor y más profundo sentido de meditación y cálculo, mediante lo cual se va contra todas las dificultades que se presentan con gran entereza y confianza en sí mismo logrando la superación de todos los obstáculos que a primera vista se consideran insalvables.

El otro aspecto mencionado es la libertad de acción de que disponga el Jefe. Se entiende por ello, la capacidad de poder obrar según su criterio profesional se lo aconseje y tomar libremente sus propias medidas y decisiones, sin más consulta que la de sus propios asesores, ni pedir aprobación de lo decidido. Con ello aprovechará la oportunidad en tiempo y en espacio, que muchas veces puede ser vital para obtener el triunfo.

Estas apreciaciones sobre la necesaria libertad de acción, no deben confundirse con las limitaciones que de por sí se imponen por consideraciones de geografía del teatro, de comunicaciones, etc., que puedan, por ejemplo, repercutir en aspectos logísticos de una operación.

C.—SEGURIDAD

Con mucha frecuencia suele entenderse que este principio envuelve un estado de excesiva prudencia en el desarrollo de la guerra y que es pernicioso para la libertad de lanzar una ofensiva audaz e impulsiva, cuando, en realidad, no es sino la reacción natural de la experiencia guerrera contra los desastrosos efectos que se haya experimentado ante la acción sorpresiva de un adversario vencedor.

Debe comprenderse que la seguridad no es timidez ante el peligro. Es sencillamente el conjunto de precauciones que se toma en toda actividad guerrera para guardar la necesaria reserva sobre nuestras operaciones o intenciones, a fin de no ser sorprendidos.

Desde este punto de vista, si nos referimos a la capacidad para negarle al enemigo las informaciones que necesite para el desarrollo de sus planes, también habremos de considerarla como la habilidad propia para obtener informaciones del adversario en beneficio de nuestras operaciones; en consecuencia es una forma de protección contra el enemigo.

Este principio debe estar estrechamente relacionado con la "Acción Ofensiva" que pretenda desarrollarse, pues como una póliza de seguros, suprimirá, disminuirá o aminorará los naturales e inevitables riesgos que hay en toda operación de guerra. Tener seguridad sin un propósito determinado no tiene sentido ni en lo estratégico ni en lo táctico.

En la actualidad, se le ha dado mucha importancia por la gravedad que encierran las amenazas de las armas modernas como el submarino y la aviación, altamente desarrollados por la técnica. La defensa A/S. y AA. respectivamente, como medidas de seguridad, han llegado a tener tal magnitud, que son tal vez de igual o mayor importancia que los elementos destinados a las propias operaciones ofensivas.

La seguridad puede definirse en material y moral. La primera es condicionada por la calidad de los elementos físicos que se debe poseer, tales como las corazas, buenos radares, equipos de E.C.M., cortinas antisubmarinas, exploración aérea, etc. A éstas se agrega la seguridad moral, que es en síntesis la confianza que imprimen los Jefes a su personal y recíprocamente una dotación bien entrenada, con valor y espíritu combativo, al conjunto de un buque, una unidad o una Flota.

Existen otros aspectos del principio de seguridad, que abarcan el campo estratégico o el táctico, según las circunstancias, como las medidas de prevención que se toma en las líneas de comunicaciones en los flancos o en la retaguardia y que tienen por objeto ser más fuertes que el adversario en estos sectores.

En la actualidad, el tiempo y el espacio, están mucho más íntimamente relacionados que antaño, razón por la cual los antiguos conceptos de seguridad estratégica o táctica tienen nueva validez, especialmente si tenemos en consideración las altas velocidades para los modernos Ejércitos con sus elementos motorizados; para la Fuerza Aérea con aviones cada vez más veloces y para la Marina con unidades de rápida autopropulsión. Todo esto hace que las medidas de seguridad se hayan incrementado en la misma proporción que los riesgos que puedan presentarse haciendo necesarios a la vez cambiar y aplicar correctamente los principios de concentración cooperación, sorpresa y economía de las fuerzas.

Un ejemplo de lo anterior lo constituye Gaudio y Matapán, donde la Flota inglesa del Mediterráneo derrotó a la super-marina italiana, en forma fácil, porque éstos últimos no habían desarrollado las convenientes medidas de seguridad

para prevenir el contacto con sus adversarios (además de otros factores) ni menos para la acción nocturna. Sus oponentes en cambio, que poseían ya la técnica del radar, sacaron el debido provecho de este elemento conjugando con acierto los demás principios de la guerra.

Finalmente en los más altos niveles, debe considerarse que una excelente medida de seguridad nacional en tiempos de paz, como contribución a la acción ofensiva futura, será el constante interés del Mando por la adquisición de nuevas unidades para fortalecer el Poder Naval.

D.—SORPRESA

En toda circunstancia de guerra, un adversario tratará de atacar sorpresivamente a la fuerza contraria y vice-versa, Porque esta actitud crea una situación insospechada para la cual el adversario no se ha preparado. De su correcta aplicación se desprenderá la victoria para el bando que así actúe.

La sorpresa es una de las más eficaces y poderosas armas que se emplean en la guerra desde los tiempos más remotos y su resultado ha sido efectivo, aunque no siempre bien aprovechado. El ejemplo más reciente fue el ataque sorpresivo de Japón a Estados Unidos en su Base Naval de Pearl Harbour.

Para obtener resultados positivos la sorpresa debe estar basada en la facilidad de ejecución y fundamentalmente descansar en el secreto de las operaciones. Lo primero será resorte de una buena planificación.

El secreto es quizás lo más complejo y difícil de conseguir, debido a las ramificaciones y proyecciones que éste tiene; una de ellas es que a medida que transcurre el tiempo, por condición de la propia naturaleza humana, hay más posibilidades para que éste sea vulnerado y en consecuencia, disminuyen las expectativas de obtener la sorpresa deseada.

Por esta circunstancia, en todo país o institución armada existirán medidas para guardar el secreto de las operaciones. El elemento encargado de estas precauciones es el Servicio de Inteligencia, que trabaja activamente antes y durante el desarrollo de la guerra.

Otro aspecto de la seguridad consiste en el control de los órganos de difusión, que para los agentes son una buena fuente de informaciones por las indiscreciones en que frecuentemente incurren. Tal ocurrió en Chile durante la Guerra del Pacífico, en 1879, cuando por falta de este control, las noticias de los movimientos de los buques que aparecían en los diarios locales eran transmitidas al Perú por el mismo telégrafo nacional, sin que nadie se percatara, ni se hiciese nada por evitarlo.

El secreto o grado de reserva que se da a las Telecomunicaciones, con claves o códigos, contribuyen a la sorpresa. Otra forma, es la diversión, que comunmente se hace para ocultar el ataque principal, como fue el caso del desembarco en Normandía en la IIª Guerra Mundial, en que simultáneamente se efectuó un ataque secundario más al Norte de la costa francesa que contribuyó en no poca escala al éxito Aliado.

Como efecto psicológico, el secreto produce reacciones diversas en el ambiente de la guerra; pero lo más común es el temor al aislamiento, causado por la incertidumbre de las condiciones que se viven, la cual se acentúa más con la contrapropaganda que pueda desarrollar el enemigo.

Por otra parte, el exceso de celo o secreto innecesario puede tener consecuencias contrarias por desconocimiento sobre determinadas materias, lo que puede llegar hasta perjudicar la mantención del objeto. Esto fue lo que ocurrió en la maniobra estratégica de Napoleón en 1805 que no dio a conocer su plan a Ville-neuve sino hasta cuando fue muy tarde. Aquí también está presente una falla en la cooperación. Por esto es función del Jefe graduar acertadamente la difusión del secreto a sus subordinados.

Las consideraciones anteriores nos llevan a clasificar la sorpresa según su aplicación y circunstancias en:

- 1.—Sorpresa con arreglo previo, que se prepara para ser explotada en el momento más oportuno. En general es la más común.
- 2.—Sorpresa inesperada, que significa el encuentro más o menos accidental de dos fuerzas que no lo esperaban. En este caso, la iniciativa y la capacidad para

reaccionar cobran un especial valor, pues de ambos factores dependerá fundamentalmente el éxito.

3.—Sorpresa estratégica, que consiste en presentarse ante el adversario con fuerzas desconocidas en un momento inesperado; es decir, adoptar una línea de operaciones no prevista. Un ejemplo de ellos fue el rompimiento por las Ardenas por parte de Alemania, en la Segunda Guerra Mundial.

4.—Sorpresa táctica; que se obtiene con el empleo inesperado de un nuevo procedimiento táctico que desconcierta al adversario en las primeras acciones.

5.—Sorpresa material, que se obtiene por el empleo de nuevas armas, diferentes a las ya conocidas, como lo fue en la Iª Guerra Mundial cuando los alemanes emplearon gases y los ingleses el tanque con gran éxito inicial, aunque estos últimos no sacaron el provecho táctico que correspondía. En la IIª Guerra Mundial el empleo del radar por parte de los Aliados les permitió no pocos éxitos y mejoras en los procedimientos tácticos para los cuales el enemigo no estaba preparado.

6.—Existe además la sorpresa moral, cuando se demuestra una capacidad superior en el Mando y en la conducción de la guerra, diferente a la prevista por el adversario. Este aspecto influye psicológicamente, pues su efecto paraliza o retarda la posible recuperación de la sorpresa. Su relación con otros principios es evidente. Para la ofensiva es necesaria como un medio de conseguir el objetivo, ayudado por la movilidad y la concentración.

E.—CONCENTRACION

La habilidad de un bando para reunir el grueso de sus fuerzas en el lugar y tiempo oportunos, allí el adversario se presenta más débil en capacidad de concentración; y en esto muchas personas ven la suma de los principios de la guerra. La esencia de esta afirmación tiene varios aspectos que analizar:

En primer lugar está la concentración estratégica, que es la reunión de fuerzas superiores al enemigo en un punto decisivo, aún cuando la suma de las propias sea inferior: ésta ha de poseer suficiente

flexibilidad y movilidad para lograr su objeto. Nunca debe confundirse la idea de reunión con el hecho de mantener una masa rígida de fuerzas que no puedan ser empleadas tácticamente en forma oportuna, por causa de su misma concentración.

Por consiguiente involucra también la idea de dispersión de fuerzas, pero con el compromiso de que puedan volver a reunirse oportunamente, de acuerdo a la situación. Es decir, supone una ordenación de los medios en cuanto a los límites de tiempo y espacio, que logra la conservación del potencial de las fuerzas, para aplicar una correcta dosificación de éstas en el combate, que es concentración táctica.

En la época actual, con la alta movilidad de los medios, tal efecto es posible mucho más de lo que era en el pasado, pero hay que guardar la debida reserva de seguridad para que la concentración no falle por causas imprevistas.

Ambos conceptos deben combinar armónicamente dos aspectos diferentes de un mismo problema. En lo estratégico se efectúa una dispersión de los medios para obligar al enemigo a dispersarse, sin que se pierda de vista la idea de reunión, para pasar a una rápida concentración sobre los puntos más débiles del adversario, donde se aplicará en lo táctico, la concentración de potencia o volumen de fuego.

Ejemplos históricos del efecto positivo de este principio datan desde una de las primeras batallas navales que se registran; Salamina, donde los griegos al mando de Temístocles derrotaron a una fuerza superior de los persas, por haberlos obligado a dividir sus unidades y concentrado las propias. Un hecho contemporáneo, la batalla de Leyte, nos revela que EE. UU. no aplicó correctamente la concentración en los límites de tiempo y espacio, y las fuerzas del Almirante Halsey no concurrieron a dar cobertura, perdiendo la oportunidad de destruir a la flota japonesa del Almirante Kurita, que era la fuerza enemiga principal y no la de portaaviones de Ozawa como se supuso.

Del ejemplo anterior debe tomarse en cuenta una vez más: para la concentración, es vital que el objeto haya sido bien elegido, puesto que poco habría de ga-

narse al atacar al adversario en un punto supuestamente débil, sin tener una idea clara o desconocer qué se trata de lograr con ello.

F.—ECONOMIA DE LAS FUERZAS

Es la más apropiada ordenación de los medios disponibles, que da la pauta para gastar todo lo que se requiera donde se necesite, pero economizándolos donde no sea indispensable.

Para lograrlo, es necesario conocer previamente cual es el objeto principal de la guerra o de la operación en particular y los objetivos secundarios. A ellos será necesario asignar elementos en su debida oportunidad. Es decir la organización de las fuerzas en el lugar donde haya que buscarse la decisión, concentrándolas para la batalla. Como resultado de esta buena distribución se logrará un efecto de persistencia en la acción, equivalente al mantenimiento del objeto. Remitiéndonos a la fase táctica, la disposición de batalla vendría a ser la expresión más clara de la economía de las fuerzas, la que no debe confundirse con economía del esfuerzo.

Sabemos que la dispersión de las fuerzas es una medida de seguridad en el grado que la concentración lo requiera para la batalla. En este caso, es función de la economía de las fuerzas buscar el equilibrio entre estos dos compromisos, que si bien no se contraponen abiertamente, tampoco están en perfecta armonía. La medida será dada por la apreciación de la situación, que dirá cual es más necesario: impulsar o disminuir.

Existen muchos ejemplos sobre la correcta aplicación de este principio, pero los hay más que nos muestran cómo una omisión de este concepto ha llevado a la derrota. Porque economizar fuerzas no significa ni es sinónimo de concentración, aunque los dos se relacionen.

En la 1ª guerra mundial, Alemania, cuyo objetivo era destruir al Ejército francés, pensaba que una penetración rusa no tenía importancia. "Más vale perder una provincia, pero mantener un ala derecha fuerte" decía Schlieffer. Sin embargo, en cuanto esto ocurrió, retiraron apresuradamente tropas de Francia para contener a los rusos. Este mismo país

veinticinco años más tarde, se ocupó de defender varios frentes en lugar de reunir sus Ejércitos para combatir la invasión.

La economía de las fuerzas debe ser tal que satisfaga la norma de que éstas deben ser lo suficientemente fuertes como para cumplir solas su misión. En ocasiones el hecho no será factible por las intromisiones políticas, que pueden exigir, se destinen medios a otros lugares o frentes. Tales presiones pueden llegar a ser de tal importancia, como para comprometer el éxito de la operación y la guerra misma.

Este principio tiene que ver también con la ofensiva y la defensiva que se desarrollará en la guerra. Será necesario aplicarlo con gran efectividad, entregando o retirando medios de los teatros hacia lugares donde se les requiera con mayor urgencia, de acuerdo a la situación estratégica. También puede obligar a postergar una operación, como fue el caso de la invasión de Normandía, que fue retardada, pues en ese momento los medios de desembarco estaban siendo empleados en el Mediterráneo.

G.—MOVILIDAD

Es el vehículo que lleva a la fuerza a la mejor posición para cumplir su objetivo. Viene a representar el medio para aplicar los otros principios. Por ejemplo, para llegar a un punto lo más rápidamente posible, se necesita junto con la movilidad, la cooperación y la seguridad, y la combinación de éstos es el poder o la capacidad para mover una fuerza y luego retenerla.

Sin embargo, hay otros aspectos laterales del problema que conviene mencionar. Estos son los buenos enlaces técnicos y la necesidad de doctrinamiento y de cooperación, que representan el elemento aglutinador del conjunto. Debemos agregar que con la movilidad es posible ejecutar la maniobra y ésta es fundamental para la batalla.

Este principio ha tomado grande importancia hoy en día por las altas velocidades que han adquirido los elementos y las marinas bien equipadas impresionan por su movilidad estratégica como potencias aeronavales.

La movilidad para que pueda realizarse sin dificultades y en forma permanente, dependerá en mucho de la buena organización logística, y en consecuencia, de sus líneas de comunicaciones. Porque mientras mayor seguridad haya en el aprovisionamiento, mayor será la movilidad, y para que ésta alcance puntos cada vez más distantes, tendrá necesidad de grupos de apoyo móvil, de reabastecimiento en la mar, y de nuevas Bases.

Como consecuencia del enorme gasto que suponen los factores que se mencionan, la tendencia actual es la de resolver la guerra con la mayor celeridad posible, de modo que la movilización, concentración de fuerzas y las operaciones mismas se efectúen con el máximo de celeridad para reducir al mínimo el tiempo de guerra y en consecuencia, los recursos que se requieran.

H.—COOPERACION

La complejidad de la guerra moderna, exige la máxima coordinación entre todos los planos y niveles en que se realizan las operaciones bélicas. Esto se traduce en doctrina común y puede decirse que los mismos principios son un índice de esta coordinación, pues fijan una pauta en lo general sobre todo el problema de la guerra.

Un doctrinamiento común, reportará entre otras, las siguientes ventajas:

1. Guía a los Comandantes en la decisión de sus recursos de acción.
2. Reduce el volumen de instrucciones que necesitan emitir los Comandantes.
3. Provee a los subordinados una orientación para una resolución acertada en aquellas circunstancias en que no se han dado órdenes ni instrucciones, o no puedan ser emitidas por los Jefes. En este sentido, hay que saber distinguir entre una doctrina operacional y las instrucciones tácticas standard.

A esto debe agregarse que la simplicidad y sencillez facilitan la cooperación, con lo que se realiza la acción, logrando así toda la fuerza y la energía que se requieren en la guerra.

La cooperación, debe abarcar todos los planos del Mando y fortalecerla antes de la iniciación de la guerra, exaltando la lealtad hacia nuestros subalternos y de éstos a sus superiores; la confianza

en la capacidad de sus Jefes, y un alto sentido del honor y de la responsabilidad en la profesión de las armas.

3.—Aplicación de los principios de la guerra

Además de la teoría, análisis y consideraciones que hemos expresado, un último ejemplo de orden práctico y en un nivel intermedio, nos permitirá destacar la importancia que tiene la aplicación de estos principios. Supongamos un convoy con su escolta y un atacante:

1º Para el Comandante de la Fuerza de Escolta su "Objeto" será el oportuno y seguro arribo del convoy al puerto de destino, aún cuando él haya recibido instrucciones de destruir cualquiera fuerza enemiga que pudiera encontrar. Es importante hacer notar que esto último es una tarea más, que no debe perjudicar el cumplimiento y mantención de su objeto, ya que la escolta no estaría justificada si al atacar fuerzas que no amenazan directamente al convoy deja a éste, expuesto al ataque de otros enemigos. Por consiguiente, el que concierne fundamentalmente a la Escolta es la "Seguridad" del convoy, y al hacer sus formaciones debe considerar la "Economía de las fuerzas" en este propósito, y que deben ser lo suficientemente flexibles para lograr la "Concentración" de los medios al encontrarse ante una amenaza del enemigo.

Igualmente deberá recordar dentro de su objeto de defender al convoy, que el ataque es a menudo el mejor método de defensa, por lo que debe estar preparado para tomar la "Acción ofensiva" contra las fuerzas enemigas. Para ello requerirá de la mayor movilidad posible con sus medios. Considerando que el Comandante de la Escolta debe esperar la aparición del adversario, sus oportunidades para obtener la "Sorpresa" estarán muy limitadas, pero manteniendo la "Cooperación" con otras fuerzas navales, especialmente con la aviación naval, evitará ser sorprendido.

2º El "Objeto" del Comandante de una Fuerza de Ataque será la destrucción de los buques mercantes del convoy adversario. El abatir o neutralizar la escolta enemiga es sólo una tarea y en este caso puede ser necesario cumplirla antes

de lograr el objeto; otra solución puede ser la de conseguir arrastrar a la escolta o parte de ella, lejos de los buques del convoy para cumplir el objeto más fácilmente. La elección de cualquiera de estas formas dependerá de como se presenten las circunstancias.

La Operación necesariamente requerirá de la "Acción Ofensiva" que en este caso es preponderante, y cada uno de los esfuerzos debe ser orientado a conseguir la "Sorpresa", tanto en la concepción de ésta como en la rapidez del ataque, lo que, a su vez dependerá de la "movilidad" de sus medios.

El plan de ataque del Comandante debe tener presente la "Concentración" de las fuerzas sobre los blancos elegidos, determinando el orden en el cual y por quién deben ser atacados los buques enemigos, por lo que su plan de batalla debe tener la flexibilidad suficiente que permita la mayor "Economía de las Fuerzas" para una situación cambiante o variable.

Deberá existir una completa "Cooperación" entre las unidades de la fuerza que realiza el ataque y cualquiera otra que pueda darle apoyo o pueda tomar parte en la operación, ya que esta medida aumentará la "Seguridad" de sus propios medios ante un contraataque como reacción de la escolta del convoy.

4.—CONCLUSIONES

Hemos visto, en su análisis y en los

varios ejemplos presentados, que los principios de la guerra pueden sobreponerse y complementarse unos a otros, y habrá casos en que pueden contraponerse, porque en su aplicación no debe pretenderse un resultado científico de causa a efecto. Sólo deben considerarse como valores fijos para abarcar en general el problema.

Los fundamentos de un Jefe para buscar la correcta decisión en la guerra se concretarían en dos factores importantes: el tener una clara idea general de los principios de la guerra en relación a la apreciación de la situación que se vive, dado por su juicio profesional; y segundo, el tener señalados los hechos más relevantes de esta situación general, presentados en secuencia lógica, trabajo que corresponde a su Estado Mayor.

Ello contribuirá en no poca medida para que el Jefe que aplica los principios les dé en cualquier momento una correcta interpretación. Su habilidad se verá demostrada en la manera de como dar el debido énfasis a cada una de ellos sin dejar de mantenerlos todos a la vez.

Finalmente, debemos agregar que deben considerarse como herramientas del pensamiento militar, pero nunca como normas rígidas que nos gobiernen. Hay que tomarlos como un método de ordenamiento y guía, de modo que constituyan verdaderos faros que alumbren la ruta de las claras conclusiones y de las correctas decisiones que debe tomarse en el problema de la guerra.

